

082. El don de los enfermos

¿Queremos saber lo que la Iglesia piensa de nuestros queridos enfermos? (Y, desde el principio, les enviamos nuestro saludo y todo nuestro cariño a los enfermos que nos están siguiendo)

El Concilio tuvo palabras preciosas para todos los que están clavados con Jesús en la cruz:

- *“Toda la Iglesia encomienda los enfermos al Señor paciente y glorificado, para que los alivie y los salve, y los exhorta a que, asociándose voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo, contribuyan al bien del pueblo de Dios”* (LG 11)

Podríamos decir, como una comparación, que es un contrato el que establece la Iglesia con los enfermos: *-Yo les doy, con tal que ellos me den*

La Iglesia les dice: *-¡Yo les cuido! Y ahí tienen a tantas personas de Iglesia generosas, desde un Hermano de San Juan de Dios hasta una Hija de la Caridad, que entregan toda su vida al cuidado de los miembros dolientes de Cristo.*

Pero, a su vez, la Iglesia pide a los enfermos: *-¡Por favor! ¡Que no se pierdan tantos tesoros como aprietan entre sus manos! ¡Dénmelos, que los necesito todos! Esos sufrimientos, unidos a los de Cristo Crucificado, son el gran resorte para la salvación del mundo.*

Un joven italiano se hizo famoso. Desde niño, formado por su cristiana mamá, años y años en la cama, pero convertido en un maestro consumado en la ciencia divina del dolor. Sus palabras estremecen:

- No he conocido ni infancia, ni juventud, ni vigor. No he estado bien ni un solo día. Sin embargo, soy feliz. No soy ni un héroe ni un santo. Todo lo que he hecho es dejarme caer con alegría en las manos de Dios. He elegido para mi vida la felicidad, y soy feliz.

Bajo su eslogan preferido de “Dios nos ama”, pudo afirmar aquella frase llena de fe:

- Nosotros los paralíticos somos el clavo que sostiene el cuadro del mundo.

Naturalmente, que todo esto sólo pudo decirlo quien tenía una fe tan grande como la de Abraham, y había entendido —como un don del Espíritu Santo—, el misterio de la Cruz.

El enfermo, mirado a la luz del Evangelio, es el que mejor sigue a Jesús, que dijo: *“Quien me quiera venir detrás de mí, que tome su cruz y me siga”*. El enfermo, al aceptar con todo el corazón la cruz que el Señor le permite llevar encima, se convierte en el seguidor más fiel de Jesús camino el Calvario, y permanece con Jesús en la cruz mientras Dios quiera.

Todos los enfermos piden a Dios el milagro de la curación. ¿Y cómo responde Dios? Haciendo un milagro mucho mayor del que ellos piden: les da la fuerza y la valentía de aceptar el sufrimiento con resignación, con paz y hasta con alegría, unidos a Cristo en la Cruz.

¿Y no es esto un milagro mucho más grande que el levantarse de un brinco curados del todo?

En el Jubileo de los Enfermos del Año 2000 hubo testimonios escalofriantes, publicados por toda la prensa mundial. Como el del famoso gigante norteamericano, campeón de voleivol en los años sesenta, que llevaba veinticuatro años en la silla de ruedas después de su fatal accidente, y ahora decía:

- Le pedí a Dios que me diera fuerzas para emprender proyectos grandiosos, y me ha hecho débil para mantenerme en la humildad. Le pedí a Dios que me diera salud para realizar grandes empresas, y me ha dado el dolor para comprender mejor. Dios no me dio nada de lo que yo pedía. Las plegarias que oyó son las que yo no hice. ¡Sea alabado mi Señor! Entre todos los hombres, ninguno posee más de lo que tengo yo (Kirk Kilgour, campeón de voleivol en 1975)

¡Esto sí que es ser campeón de la fe!...

El mundo enemigo de la cruz de Cristo piensa de manera muy distinta. De ahí la aprobación criminal de la ley de la eutanasia en algunos Estados. *¿A qué viene el sufrir tanto?*, se dicen personas sin fe. Entonces, optan por eliminar a los que sufren, muchas veces sin su consentimiento. Cometen un acto criminal contra el enfermo, al que privan de la vida, y le roban inmensos merecimientos ante Dios. Roban también a la Iglesia poderosos valedores ante Dios, del que consiguen tantas gracias para la salvación del mundo. Los jefes de los judíos gritaban a Jesús: *“¡Baja de la cruz, si eres el Hijo de Dios, y así creemos en ti!”*. Si Jesús les hubiera hecho caso, ni ellos hubieran creído en Jesús, ni nosotros hubiésemos sido salvados.

Nuestros queridos enfermos imitan admirablemente a Jesús. Unidos a Jesús en su cruz, son testimonio de fe para el mundo, a la vez que le atraen las mejores gracias de Dios.

Otro de los enfermos en el Gran Jubileo (Ambrosio Fogar), dio también un testimonio inolvidable. Después de haber navegado por todo el mundo, queda paralizado total en el accidente. Y dice desde Milán, sin haber podido ser trasladado a Roma, pero que ha escuchado las palabras del Papa a los Enfermos:

- Me ha gustado lo que nos ha dicho el Papa, porque sus palabras venían de un hombre que está también enfermo y conoce el sufrimiento. Antes, yo quería la eutanasia; quería que me llevaran a Holanda para que me la practicaran, porque era el único país que la aplicaba. Y ahora agradezco el que no me hicieran caso. Clavado en la cruz de mi lecho, exploro los grandes espacios de la fe.

Nos arrodillamos reverentes ante estos héroes de la fe. Ellos ruegan por nosotros, ¡y hay que ver cuánto que les debe el mundo, y qué ricos nos hacen a todos!...